

Algunos rasgos de un militar español que ya ha entrado en la historia

Teniente general Javier Calderón Fernández

[Transcripción de la nota necrológica publicada en diversos periódicos y revistas, diciembre de 1995]

PALABRAS CLAVE: Defensa; Enseñanza militar; Estados Unidos; Fuerzas armadas; Fundación de Ayuda contra la Drogadicción; Guerra Civil; Manuel Gutiérrez Mellado; Reforma militar; Reforma política; Transición española.

El Capitán General Gutiérrez Mellado murió el pasado 15 de Diciembre, en plena coherencia con lo que había sido su trayectoria humana y profesional durante cerca de 65 años, es decir, en acto de servicio a los demás. Escasamente veinte horas después de rendir cuenta de las actividades anuales de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD) a su Presidenta de Honor, S. M. la Reina Doña Sofía, y sin tener en cuenta una salud más que resquebrajada, emprendió el camino —que le llevaría a la muerte— para dialogar con jóvenes universitarios catalanes sobre la transición democrática española, durante la que desempeñó un papel insustituible.

En su aprecio y dedicación a los jóvenes —«el mayor tesoro que tiene la sociedad», afirmaba con frecuencia—; en su lucha contra la drogadicción; en la coherencia de un compromiso personal a cuyo servicio puso un talante —para él irrenunciable— vitalmente castrense, encontró la muerte. Los que le conocimos y tratamos con cierta intimidad sabemos que es el tipo de muerte que, de poder elegir, hubiera deseado: en acto de servicio «por y en» lo que creía.

El 22 de Septiembre de 1944, con ocasión del homenaje que la Academia General Militar le rindió con motivo de su ascenso a la máxima categoría de la milicia, tuve —como así lo afirmé públicamente— el orgullo y la emoción de explicar, ante varios centenares de alumnos y profesores del Centro, algunos de los rasgos más sobresalientes de la personalidad del homenajeado, que conocía fehacientemente por los muchos años de trato, amistad y confidencias con él. Y no dudé en iniciar mis palabras en los mismos términos con que titulo estas líneas, aunque aquella ocasión intercalaba la frase «afortunadamente en vida», en estos momentos, dolorosamente inapropiada.

Lo más significativo de su personalidad era su patriotismo integrador, nunca excluyente, que tenía su origen en la experiencia vivida en la última de nuestras guerras civiles, que le permitió conocer la profundidad de la herida que produce en el cuerpo social un enfrentamiento fratricida de las características sangrientas del vivido en el período 1936-1939 y las secuelas de odio, frustración y desconfianza que genera durante años. De ahí su obsesión en que «no volvieran a enfrentarse entre sí los españoles», a cuyo empeño dedicó sus mejores afanes y su —en bastantes ocasiones— sacrificada e incomprendida actuación.

Para ser coherente con este tipo de patriotismo, le fue necesario tener el valor físico y moral del que dio sobradas pruebas en una fecha memorable para todos los españoles aunque, en su modestia, él apostillaba «a olvidar», no sólo para minimizar el papel de su ejemplar actuación sino también para no recordar otros comportamientos, ni tan democráticos ni constitucionales, como los protagonizados por unos compañeros que, a su generosidad, respondían con el insulto y la zafiedad.

Valor físico y moral como el que requería, día a día durante tres largos años, desarrollar una delicada labor en la clandestinidad que no sólo prestó valiosos servicios informativos, sino que salvó muchas vidas, con riesgo de la propia. Acciones de valor reiteradas que no fueron únicamente reconocidas con la concesión de la Cruz de Guerra «por méritos extraordinarios», sino además con una propuesta para la Medalla Militar Individual, de la que nunca alardeó y que sus más íntimos amigos solo conocimos cuando tuvimos acceso a su ejemplar Hoja de Servicios. Y es que la sencillez era también uno de los rasgos más definitorio de su personalidad.

Otra cualidad complementaria del patriotismo integrador era su acusado sentido de lo que pudiera denominarse la dignidad nacional y su ejercicio subyacente de soberanía del Estado. De ello pueden dar fe todos los que conocieron y siguieron su titánica y tenaz lucha, al frente de la Delegación Militar española, con objeto de reconducir las negociaciones para la renovación de los Pactos de Mutua Ayuda con Estados Unidos, haciendo ver a sus interlocutores que la soberanía y la dignidad nacional no permitían, en unos acuerdos de colaboración entre Estados —por mucha gran potencia que uno de ellos fuera— la imposición del fuerte sobre el débil.

Aspecto destacado también era su talante renovador para cambiar todo lo que fuera preciso, si ello mejoraba lo existente, y que quedó plasmado, en su día, en una serie de iniciativas y normas legales que no sólo pusieron en marcha una Administración Militar

más acorde con las existentes en el entorno europeo, sino igualmente los primeros pasos para una acentuada profesionalización de las Fuerzas Armadas. Este talante era consecuencia lógica de una «inquietud» más «vital» que «especulativa» por conocer y comprender lo que pensaban y sentían los jóvenes oficiales de quienes, si generacionalmente se encontraba separado, no lo era tal en los terrenos profesional, cultural e intelectual. «En los jóvenes está el futuro», era una de sus frases más frecuentes.

Finalizadas sus responsabilidades militares, esta permanente preocupación por la juventud, le llevó a dedicar sus últimas fuerzas desde la FAD, que fundó y presidió hasta su muerte, a luchar denodadamente contra la plaga de la droga, que amenaza con destruir y anular a los jóvenes.

No cabe, en los estrechos límites de este espacio, glosar otros de los muchos rasgos que sobresalían en la persona del Capitán General, pero no por repetidos quisiera obviar los de la austeridad, capacidad de sacrificio, humildad, compañerismo y disciplina, que arropaban una conducta en la que la sencillez era la norma.

Me consta que toda su actuación profesional estuvo siempre dirigida a cumplir los deseos de nuestro Rey, claramente explícitos en su primer mensaje: «quiero ser el Rey de todos los españoles»; por ello se esforzó, como nadie, para que los Ejércitos de la Victoria se transformaran en las Fuerzas Armadas de la Democracia, requisito imprescindible para facilitar los deseos regios.

He sido testigo presencial, en muchísimas ocasiones del carisma, del afecto y la popularidad del General entre el pueblo llano español, que se lo manifestaba, con espontaneidad, allí donde se encontraba. Por ello creo, sin ánimo de exagerar, que en todo el siglo XX ninguna otra figura militar ha concitado tanto aprecio popular, sin mengua alguna —sino todo lo contrario— de su condición, dedicación y talante castrenses. Aunque sólo fuera porque en su persona se han reconocido el Pueblo y los Ejércitos de España, el Capitán General Don Manuel Gutiérrez Mellado tiene un puesto en la Historia.

Ha sido su póstumo y definitivo triunfo, aunque conociéndole, sé que estará pensando que el triunfo es de los españoles.

Descansa en paz, mi General.